A/50/PV.39

Naciones Unidas **Asamblea General**
Quincuagésimo período de sesiones

39ª sesión plenaria
Martes 24 de octubre de 1995, a las 10.00 horas
Nueva York

Sr. Ernesto Pérez Balladares

Excelentísimo Presidente de la República de Panamá

El Excelentísimo Sr. Ernesto Pérez Balladares,
Presidente de la República de Panamá

El Presidente Pérez Balladares: Diversos actos como el que hoy nos congrega aquí se llevan a cabo por estos días en muchos otros países —el mío entre ellos—, no tanto para celebrar un aniversario, sino más bien para agradecerles a las Naciones Unidas el mundo que han ayudado a moldear.

Aún persisten injusticias, la pobreza campea en vastas regiones de la Tierra, el respeto a los derechos humanos para muchos de sus habitantes no pasa de ser una quimera, y las guerras no han desaparecido por completo. Pero a pesar de ese panorama, aparentemente tan desolador, lo que cabe preguntarnos es cómo sería nuestro planeta con el poder devastador de las armas nucleares y sin las Naciones Unidas.

La verdadera trascendencia de la Organización no puede medirse en ejecutorias susceptibles de cuantificar, sino en valores intangibles pero reales: en las guerras que nunca se libraron, en las víctimas que no murieron a causa de ellas, en los huérfanos que no lo fueron porque sus padres no tuvieron que morir en una guerra que ni unos ni otros comprendían.

Cuando se hace el recuento de estos 50 años, muchos dirán que la Organización ha sido un escenario de estériles discusiones, pero es preferible que el mundo cuente con un recinto donde los conflictos puedan dirimirse con palabras a que se encuentre a todas horas en busca de campos de batalla para resolver las disputas que él mismo ha inventado. Más le conviene al mundo una Organización donde abundan las palabras que teatros de guerra donde lo que abunden sean los muertos.

Panamá es signataria de la Carta de la Organización y ostenta el raro privilegio de que en su suelo se haya llevado a cabo una reunión del Consejo de Seguridad. En efecto, cuando todos los caminos diplomáticos parecían cerrados para mi país, la sola realización de una reunión del Consejo fuera de la Sede elevó las reclamaciones panameñas sobre el Canal a un nivel de atención mundial hasta entonces desconocido. Pocos años después finalizaron unas negociaciones que hicieron desaparecer una jurisdicción colonial denominada zona del Canal y nos tienen hoy a las puertas de entrar a operar y administrar la vía interoceánica antes de que finalice el siglo. Por lo tanto, también nosotros nos preguntamos si nuestro destino sería hoy tan promisorio si no hubiera existido este escenario, este único organismo donde las diferencias, por abismales que sean, dejan de existir, y las discusiones se realizan entre Gobiernos iguales en derecho por desiguales que sean los Estados en riquezas o en poderío militar.

El mundo no ha crecido desde cuando Panamá junto a medio centenar de naciones suscribieron la Carta de la Organización hace 50 años. Lo que ha crecido es el número de Estados que nacieron a la vida independiente al calor de esta Organización; lo que ha crecido son las esperanzas de millones de jóvenes que ya no enfrentan la expectativa cruel de tener que morir en guerras sin razón ni sentido. Quizás lo que mejor demuestra la transformación que ha sufrido el mundo en este medio siglo de posguerra es que dos de las naciones sobre cuyas derrotas militares se construyó la Organización hoy aspiran con justificado derecho a ser miembros permanentes del Consejo de Seguridad, y que el lenguaje de las exclusiones ha dado paso al de la universalización del organismo.

Nuestro compromiso con las Naciones Unidas es el de facilitarles la misión para sus próximos 50 años. No le prestamos a este organismo ningún servicio recriminándole sus desaciertos ni conformándonos con sus muchas realizaciones. Si la Organización contribuyó a cerrar las heridas de una guerra, ahora debe ayudar a cerrar la brecha tecnológica y educativa que cada vez distancia más a las naciones que la conforman. Los países pobres, que somos los más, no aspiramos a equiparar nuestros ejércitos con los de las Potencias militares, pero nos asisten sobradas razones para aspirar a que lo que es una insuperable distancia en tecnología y fuerzas militares no se convierta también en un abismo educacional de proporciones insalvables.

Si ese propósito se cumpliera con un grado aceptable de éxito, quienes vengan a celebrar en el año 2045 el centenario de esta Organización tendrán entonces tantos motivos de gratitud para con ella como los que tiene la generación de hoy por haberle ahorrado los horrores de una guerra que bien hubiera podido ser el fin de la humanidad.